

*Este es un breve fragmento*

*del capítulo 3*

...Nuestro convento de la Encarnación, por encontrarse próximo a las murallas, había sufrido numerosos impactos de artillería y fusilería. Incluso se había combatido en sus alrededores, por lo que la hermana priora nos instó a que colaboráramos en la medida de nuestras posibilidades con las personas dedicadas a reparar los destrozos. Los enfermos y heridos habían sido trasladados ya a otros lugares, y ahora quedaba adecentar nuestro hogar. El padre Everardo, desaparecido durante los combates, volvió a surgir de la nada argumentando que no sólo debían repararse los daños materiales, sino también los espirituales. Insistía en confesarnos y parecía no haber olvidado el rencor que sentía por Cristina y por mí; pero la hermana priora, advertida no sé por quién de su condición de licencioso, le amenazó con informar al arzobispo de pretender convertir el convento en la antesala de Sodoma. Además, lo acusó de molinista y manoseador de asentaderas, a lo que fray Everardo le respondió, estando nosotras delante, que él había visto tanto culos que ya no se escandalizaba, y que su única intención al flagelarnos era la de acercarnos más a Dios. Descubrimos así que su afición a golpear en las partes verendas no sólo la había satisfecho con nosotras dos, sino con otras monjas jóvenes del convento, es decir, con las más

cándidas y temerosas almas que se presentaron en su pernicioso camino. Es decir, que durante el ataque francés se había descubierto, desconozco cómo, la pecaminosa y satánica condición de aquel miembro pútrido de la Religión, hecho del que tanto Cristina como yo nos alegramos sobremanera. Fray Everardo, temeroso de que sus prácticas llegaran a oídos de las autoridades militares de la ciudad, abandonó el convento sin más dilación, seguramente porque en aquellos delicados momentos de guerra no le convenía que su caso fuera conocido. Su extraña desaparición durante el asedio, y su anhelo por penitenciar a las monjas golpeándolas en las nalgas, le convertían en sospechoso de colaborar con aquellos enemigos desposeídos de Dios que con tanta impiedad nos habían castigado.

Transcurridas dos semanas, puede decirse que la normalidad, una falsa normalidad propia de la violenta época en que estábamos inmersas, se impuso de nuevo en la Encarnación. Cristina y yo, tras la pausa bélica, retornamos a nuestros místicos fervores con más ahínco que nunca, como si temiéramos que las desgracias de Zaragoza aún no hubieran concluido. Tal y como más tarde tendríamos ocasión de comprobar. Dilatamos los ayunos hasta alcanzar estados de abandono que me sumieron en una manifiesta enfermedad. Cristina, mucho más fuerte que yo, me obligaba entonces a engullir sopas y bizcochos mientras besaba mi piel. Teresa, decía entonces, Nuestro Esposo no desea que mueras, así

que come. ¿Y cómo es que tú puedes sostenerte sin probar bocado?, le preguntaba a mi vez entonces. Desconozco el motivo, pero ya sabes que Dios escribe en el libro de nuestra vida con una letra incomprendible. Sentía cierta envidia de su capacidad para soportar aquellos trances, sentimiento que de inmediato lanzaba al vacío por saberlo pecaminoso. Entonces, me confesaba ante Cristina y, como hizo Jesucristo, cumplía la penitencia de limpiarle con un paño no sólo los pies, sino todo su cuerpo desnudo, convertido ahora en puro hueso, inmaterial espíritu.

Parecía como si la guerra hubiera concluido ya, por supuesto con nuestra victoria y la derrota del ateísmo. Los numerosos muertos, decían que más de tres mil, habían sido debidamente enterrados y los cementerios parecían haber quedado chicos, pero la lucha se mencionaba ya como cosa del pasado y convenía enfocar el futuro con buen ánimo y una grande fe. Zaragoza la invicta celebró su hazaña mediante multitudinarias procesiones de las que recibimos cumplida cuenta gracias a nuestra priora, que anduvo de aquí para allá conversando con las autoridades y recibiendo las nuevas de la retirada francesa. El día del Pilar, según supimos por su boca, hubo festejos y conmemoraciones en honor a nuestra Madre, sin duda la causante de la gran victoria de los zaragozanos. Los cañones no dejaron de disparar una salva tras otra, recordándonos por un momento el asalto de los enemigos. Se conoce que en aquellos días nos visitaron numero-

sas autoridades españolas y extranjeras, ilustres personajes que anhelaban observar con sus propios ojos los efectos del ataque francés. Nos habíamos convertido en el objeto de atención de medio mundo y, por fin, podíamos retornar a la vida contemplativa, la única que nos colmaba de felicidad. No más luchas ni destrozos, la penitencia ya había sido adecuadamente cumplida y ahora sólo restaba volver a la cálida intimidad de nuestras celdas.

Sin embargo, los hombres no parecían fiarse de Dios, pues hasta los frailes se dedicaron durante aquellos días a fabricar pólvora y cartuchos, mientras que los sastres producían uniformes y los guarnicioneros las pertinentes sillas de montar. Las noticias procedentes del bando enemigo en absoluto resultaban halagüeñas, bien al contrario, sino pesimistas e inquietantes. El otoño había penetrado en nuestro humilde convento, y con él, el frío y la escasez de alimentos. Todo lo útil parecía estar destinado a los soldados, aunque a nosotras apenas nos alarmara tamaña escasez. Más bien era la sensación de que aquello no había concluido la que nos empujaba a elevarnos más si cabe hacia Dios, dejando atrás las ingratas vicisitudes terrenales. Poco antes de Navidad nos informaron de que había fallecido un héroe de la ciudad, un tal Tío Jorge, por quien debíamos rezar sin descanso alguno. Desconozco qué había hecho el mencionado Tío, pero debió ser mucho y bueno, a tenor de las preces que todas le dedicamos. Su muerte coincidió con la aparición

otra vez de las tropas francesas, lo que fue advertido por nuestra priora con exclamaciones de manifiesto temor. Las legiones de Lucifer parecían ser ahora mucho más numerosas que las que acudieron el pasado verano contra nosotros, lo que hacía presentir la peor y más dolorosa de las desgracias. No te preocupes, me dijo Cristina, Nuestro Amado jamás nos abandonará, así me lo ha confesado mientras yacía junto a Él. ¿Yaciste junto a Él? Claro, no en vano es mi Marido, ¿acaso no yacen juntos el Marido y la Esposa? Sin duda, le respondí algo avergonzada por la envidia que me producían aquellas aseveraciones. Luego pensé que si Dios había cuidado de todos nosotros durante el anterior asedio, no dudaría en hacerlo de nuevo.

Las penurias retornaron no obstante al convento y a toda la ciudad, acompañadas de los terribles bombardeos. Se respiraba de nuevo la desolación y la guerra soplaba su mortífero viento entre las calles de Zaragoza, cuya población había aumentado hasta sumar el doble de los habitantes habidos en tiempo de paz. Era sobre todo la guarnición la responsable de aquel incremento, pues el general Palafox había logrado hacer entrar en la ciudad a varios miles de soldados procedentes de tierras valencianas. Cada noche, desde nuestra celda podían vislumbrarse los fogonazos y los estruendos de los cañones, cuyas granadas caían cada vez más cerca de nosotras. El convento volvió a convertirse en hospital y a la vez cuartel, y nosotras en eventua-

les cuidadoras de todo tipo de enfermos y heridos. ¿Qué extraño motivo había empujado a los franceses a atacar porfiadamente nuestra ciudad, una ciudad en la que nadie había ejercido mal alguno contra nadie?, ¿por qué Dios nos había escogido como fruto de su a veces caprichosa e incomprensible Providencia?, ¿qué culpa habíamos cometido para merecer su ira?, ¿de tal modo se había visto Jesucristo influido por las flaquezas de los humanos al encarnarse en hombre, que pagaba con los zaragozanos su débil condición humana? Preguntas que no encontraban respuesta alguna por muchas vueltas que les diera, y que me obligaron a olvidar las banalidades mundanas para dedicarme exclusivamente a Dios y a mi hermana Cristina, los únicos seres que en aquellos delicados momentos me producían algún tipo de satisfacción.

El mes de enero de 1809 resultó húmedo y nuboso, y enfermos de cualquier tipo se hacinaban ya por todos los rincones de nuestro convento. La situación se apreciaba sombría y a la vez expectante. Sólo nos tranquilizaban los muy extendidos rumores de que nuestras fuerzas estaban a punto de acudir en nuestra salvación, lo que tampoco teníamos ocasión de constatar. Cierta día, varias granadas cayeron justo en nuestro claustro, matando a una monjita muy joven que siempre se había sentido muy sola, y que en más de una ocasión quiso formar parte de nuestro divino matrimonio. Rezamos oraciones en su honor por encontrarse al fin junto a

Dios, para luego seguir con nuestros pertinaces miedos y oscuros presentimientos. Inmediatamente, un huracán apocalíptico de fuego barrió la ciudad. De nuevo eran los cañones franceses los que actuaban como bocas del diablo. Como en el anterior ataque, el cerco se estrechaba y sólo restaba aguardar un nuevo milagro de Dios para sentirnos sus hijos bien-amados. Junto a Cristina, me daba igual comer o no, ya nada nos importaba, sólo el impacto del Amor. Creo que las fiebres impedían a muchos sentirse tan livianos.

Llegó un momento en que ya no sólo escuchábamos los cañonazos y las explosiones de las minas, sino también los disparos de fusil, sordos estampidos bien distintos de los acostumbrados estruendos a que la artillería francesa nos tenía acostumbrados. La zona del convento, próxima a la puerta del Carmen y al bastión en que se había convertido el convento de los Trinitarios, era ya un verdadero campo de batalla donde se producían incluso combates cuerpo a cuerpo. Casa por casa, los franceses iban avanzando pese a la resistencia de nuestras tropas, que habían convertido palacios y conventos en auténticas ciudadelas independientes y bien guarnicionadas. Hasta las mujeres luchaban con brío, como en el anterior asedio, empuñando fusiles y cuchillos y enardeciendo a los paisanos. Mal síntoma era aquel, el enemigo se acercaba por momentos a nosotras, que de puro miedo pasábamos mucho tiempo escondidas en los sótanos del

convento. Y las noticias que circulaban a modo de rumores no resultaban demasiado halagüeñas. Las privaciones y la miseria, así como las aglomeraciones de individuos refugiados en la ciudad, engendraban enfermedades que causaban grandes estragos. Los moribundos se arrastraban por las calles para buscar bajo los pórticos abrigo contra las bombas. La basílica del Pilar fue invadida por la multitud, buscando tanto la protección física de sus muros como la espiritual solicitada a la Virgen mediante fervientes plegarias. No obstante, hasta la propia iglesia sufrió los embates de la guerra, pues parte de su bóveda se derribó a causa de los cañonazos. Monjes y sacerdotes acudían aquí y allá para administrar los sacramentos a los heridos y animar a los soldados con sus gritos apasionados. Cada uno de los edificios de la ciudad, incluido nuestro convento, se convirtió en un pequeño bastión guarnecido que se defendía como si fuera el último foco de resistencia...



*... No te quedes con las ganas de seguir leyendo este libro y cómpralo antes de que se agote. Disfrutarás sin duda de una gran novela.*

*Ya a la venta en las principales librerías*



Participa en el sorteo de relajantes estancias en Balnearios consulta en nuestra página web: **[www.unalunaediciones.com](http://www.unalunaediciones.com)**